

LA TRADICION NACIONALISTA ANTE EL PERONISMO

ELENA PIÑEIRO DE SALAVERRI*

“La tradición nacionalista ante el peronismo” tiene por objeto analizar la percepción que los nacionalistas tuvieron tanto de Perón como del peronismo, a través de las distintas publicaciones en que colaboraron fundamentalmente entre los años 1943 y 1950.

Intenta ser, por lo tanto una historia de las ideas nacionalistas en tanto constituyeron una respuesta a las situaciones históricas en que se originaron y desarrollaron.

Como objeto de estudio el nacionalismo presenta una gran complejidad por dos razones: en primer lugar porque su ideología difícilmente se presenta en estado puro a la mirada del historiador, sino más bien asociada con otras ideologías dentro de un sistema más general de valores políticos y sociales; en segundo término, porque el concepto varía en su significación de acuerdo al momento histórico en que se lo utilice.

Una explicación plausible nos obliga a recorrer el itinerario que media entre su complementariedad con el liberalismo a lo largo del siglo XIX, hasta su conjunción con

* Profesora en Historia (Universidad de Morón). Magister en Ciencias Políticas (UCA). Postgrado en Investigación Histórica (Instituto Torcuato Di Tella). Profesora de Historia Argentina II en la Escuela de Ciencias Políticas de la UCA y profesora de Historia Contemporánea II en la Facultad de Filosofía y Letras de la UCA.

concepciones conservadoras y antiliberales en las primeras décadas del siglo XX, itinerario originalmente europeo y reproducido con alguna posterioridad no sólo en nuestro país sino en la mayoría de los países de Hispanoamérica, en los que, en contraposición a la tradición liberal se desarrolló lo que he denominado la "tradición nacionalista".

No puede negarse sin embargo que la tradición republicana fue también una tradición nacionalista en tanto su objetivo fundamental fue constituir la nación afianzando sobre sólidas bases jurídicas y políticas la integridad nacional. ¿Cómo explicar entonces la existencia de dos tradiciones alternativas fundadas ambas en el nacionalismo ?

A principios del siglo XIX, el nacionalismo aparecía estrechamente vinculado a las aspiraciones liberales y fiel a la herencia ideológica legada por la Revolución Francesa. Afirmaba el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos estableciendo un principio de autodeterminación nacional que era corolario del principio de autodeterminación individual. Cada pueblo era considerado como una individualidad digna de reconocimiento y respeto y los principios formulados con referencia a los individuos se aplicaban por analogía a las naciones.

El concepto de nación adquiría un nuevo significado de carácter político equivalente al de pueblo soberano y al de Estado definido esencialmente sobre bases territoriales, concepto que no tenía nada en común con los criterios culturales (etnia, lengua, tradiciones, religión, etc.) que el romanticismo utilizaría posteriormente para definir la nacionalidad, aún cuando estos criterios estuvieran subyacentes. Surgía así un nacionalismo orientado a cumplir inicialmente una función legitimadora de un nuevo sistema político.

La vinculación entre liberalismo y nacionalismo tuvo su cénit en la Asamblea de Frankfurt, pero su relación se extendió en el siglo XIX y en la primera década del siglo XX, cuando los tratados de paz de 1919 y 1920, bajo la inspiración del presidente Wilson, establecieron el gran momento político del principio de las nacionalidades, principio que en opinión de algunos autores fue utilizado como

un instrumento político en la lucha internacional por el poder.

Sin embargo, ya desde las últimas décadas del siglo XIX comenzó a notarse un cambio en el rumbo de las ideas. Fue en el plano económico donde primero comenzaron a desvincularse el nacionalismo y el liberalismo con el surgimiento de reflexiones que denunciaban la política librecambista en general. Esta tendencia se vió reforzada posteriormente y en especial luego de la Primera Guerra Mundial por los efectos de la competencia acelerada entre las naciones europeas y las frecuentes crisis económicas. El surgimiento de grandes centros metropolitanos y la aparición de la sociedad de masas generaron nuevos moldes de organización social y política. Por otra parte, los procesos emigratorios generaron sentimientos de amenaza a la identidad nacional.

Como reacción frente a estos cambios, surgió un nuevo tipo de nacionalismo estructurado, organizado, representado por ciertos grupos bien diferenciados que sostenían doctrinas claramente definidas.

Pertenecientes a los sectores conservadores, los nuevos nacionalistas habían abrevado en las fuentes del movimiento intelectual contrarrevolucionario nacido de la oposición a las ideas de la Revolución Francesa de 1789. Sobre la base de las obras de Burke, de Bonald, de Maistre, Renán, Le Play, Proudhon, Taines, Fustel de Coulanges, de Mun y la Tour du Pin en Francia, y de Balmes, Donoso Cortés y Vázquez de Mella en España, se construyó un cuerpo de doctrina que se afirmaba en la religión, la moral y la tradición política y cultural ordenadas jerárquicamente en función de un orden trascendente y sobrenatural que se oponía a las ideologías racionalistas vigentes desde 1789, raíces ideológicas de un régimen político que se percibía como incapaz de asegurar la continuidad de la nación. Era preciso entonces ligar los principios nacionales a los principios políticos del tradicionalismo conservador.

Maurice Barrès y Charles Maurras fueron en Francia, los apóstoles del nuevo evangelio: Barrès, como precursor que expresó en sus novelas del ciclo de "la energía nacional" su percepción de la amenaza de muerte y

disolución en una nación que no se arraigara en el amor a la patria, a sus muertos y a sus tradiciones pero sin abandonar nunca su adhesión a la forma republicana de gobierno; Maurras, como hombre de acción, fundador del Nacionalismo integral, que converge con Barrès en la reflexión sobre la decadencia pero retoma el pensamiento de los reaccionarios del siglo XIX intentando restaurar el tradicionalismo monárquico y una suerte de clericalismo ateo en el que la Iglesia deviene en factor del orden social y político.

En España, los intelectuales integrantes de la Generación del '98 realizaban una crítica amarga y profunda de la realidad nacional y planteaban la necesidad de una regeneración cuyos portavoces eran Joaquín Costa, Unamuno, Ramiro de Maezstu y Azorín. Tres décadas más tarde estas ideas junto con la influencia de *Action Française*, darían lugar a la aparición de un grupo —que se formalizaría en torno de una revista de sugestivo título: *Acción Española*— que pretendía imponer la nueva ideología antiliberal, corporativa, autoritaria y católica como base de una monarquía tradicional.

El siglo XX se iniciaba bajo los nuevos cánones ideológicos de un nacionalismo integral que consideraba a la nación y el interés nacional como absolutos, y cuyo proyecto político se fundaba en criterios de Orden, Autoridad y Jerarquía.

Este mismo proceso se produjo posteriormente en nuestro país.

La nación Argentina nació bajo los cánones del nacionalismo liberal del siglo XIX en su versión unificadora. Setenta años después de la ruptura revolucionaria, culminaba la construcción de la nación organizada bajo una doble forma republicana: restrictiva en el plano político pero capaz de albergar la libertad para todos en el plano civil.

Fue precisamente esa libertad civil la que dió origen al nacimiento de la Argentina moderna. Inmigración y educación, los instrumentos esenciales diseñados por Alberdi y Sarmiento posibilitaron el itinerario hacia un constante progreso que para el Centenario parecía no tener fin. Lue-

go llegarían la ampliación de la libertad política y el surgimiento de nuevos partidos.

Sin embargo, bajo los oropeles del progreso y la modernización yacían otras inquietudes y comenzaban a germinar otras ideas que iban a poner en tela de juicio los presupuestos de la tradición republicana.

Comenzaba a manifestarse en los sectores intelectuales argentinos y en algunos miembros de la élite dirigente una reacción ante las consecuencias que la acelerada modernización del país había provocado, produciendo una transformación radical de creencias, símbolos y valores y poniendo en movimiento fuerzas cuyo desarrollo aparecía amenazador por distintos motivos.

En el plano económico, el progreso material se fundaba en la dependencia del capital extranjero, fundamentalmente británico. Entrañaba la aparición de una nueva sociedad cuyo ideal y medida estaban en el éxito material y en la consecución de la riqueza.

A poblar el desierto habían llegado oleadas de inmigrantes de distintas nacionalidades con sus lenguas, sus sistemas de valores y creencias, sus tradiciones, costumbres y esperanzas. El flujo inmigratorio presentaba dos flancos peligrosos para la estabilidad del sistema. Uno de ellos era el problema de la identidad nacional, que parecía amenazada por la aparición masiva de elementos que además de desconocer el pasado nacional eran portadores de otras lenguas y culturas. El otro lo constituían los desórdenes y huelgas que planteaban reivindicaciones de mayor justicia social.

Hacia el Centenario se manifestaban también ideas de reforma política y moral y se criticaba el materialismo de la juventud y la carencia de virtud cívica. Una generación de intelectuales se lanzaba a la búsqueda de nuevas respuestas en el ensayo histórico o literario, la crítica filosófica, la especulación moral y las reflexiones que proponían la economía y la sociología. En muchos de estos jóvenes intelectuales de origen provinciano el contacto con el cosmopolitismo porteño generó una reacción nativista. La modernización era percibida como transformación radical de creencias, valores y símbolos, una ruptura con las tradi-

ciones que habían conformado el espíritu nacional. A esta generación pertenecieron Manuel Gálvez y Ricardo Rojas, a quienes puede señalarse como los precursores de un nacionalismo incipiente cuyas motivaciones se centraban en tres presupuestos: tradición, hispanidad y espiritualidad.

El surgimiento y ascenso del yrigoyenismo, los cambios producidos en el escenario internacional con el estallido de la Primera Guerra Mundial y el triunfo de la revolución bolchevique en Rusia, acentuaron la sensación de amenaza. Un ambiente que se percibía como materialista y ateo parecía caldo de cultivo propicio para el surgimiento de la *bête noir*: el marxismo.

La desvinculación progresiva entre liberalismo y nacionalismo, la irrupción del tema de la inmigración, el afianzamiento del marxismo y el surgimiento del fascismo en Europa y el ascenso de Yrigoyen a la presidencia por segunda vez iban a dar lugar a la configuración de una nueva versión del nacionalismo.

El nacionalismo argentino, surgido en las postrimerías de la década de 1920 como una reacción frente a situaciones que eran percibidas como una amenaza para la integridad de la nación, fue un movimiento en principio cultural, tributario de corrientes del pensamiento europeo que incluyen no sólo a los grandes pensadores clásicos como Platón, Aristóteles y Santo Tomás sino también a los pensadores contrarrevolucionarios del XIX. Indudable influencia tuvo también en algunos de sus integrantes el pensamiento de Charles Maurras y el de las llamadas "Generación del '98" y "Generación del '27" en España.

Profundamente antiliberal, antidemocrático, católico, hispanista y fundado en los principios de Orden, Jerarquía y Autoridad, realizó un aporte importante al movimiento de ideas y a través de la polémica produjo transformaciones en el ámbito filosófico, histórico, literario y finalmente político y económico de la Argentina.

Constituían este movimiento un conjunto heterogéneo de grupos culturales y políticos que tenían conciencia de pertenecer a una misma generación y que compartían algunos elementos político-ideológicos comunes, tributarios de ideas europeas cuya difusión realizaron principalmente a

través de escritos y publicaciones periodísticas. *Criterio* y *La Nueva República* fueron las primeras publicaciones desde cuyas páginas se colocaron las piedras fundamentales sobre las que habría de edificarse el movimiento "caótico y polifacético" del nacionalismo argentino de este siglo en el que estaban llamadas a conjugarse las influencias maurrasianas, el hispanismo, el tradicionalismo católico, las influencias de los fascismos europeos y posteriormente las tendencias populares de distinta procedencia.

Todos ellos se caracterizan por su oposición al proceso de modernización iniciado en 1880, su crítica al sistema liberal, al positivismo y al socialismo, su exaltación de la nacionalidad y su adhesión al catolicismo.

El surgimiento y ascenso del yrigoyenismo acentuó la sensación de amenaza y los impulsó a promover un cambio revolucionario en 1930. Tras el fracaso de sus aspiraciones, se inició un proceso de diversificación y deslinde de posiciones que dió lugar a la formación de dos corrientes esenciales: la corriente tradicional católica que mantuvo con firmeza sus posiciones doctrinales y rechazó la acción política, y la que por el contrario afirmó la primacía de la política como medio de luchar contra el "Régimen", nacionalizar la economía y dar respuesta a los reclamos de justicia social. Esta categorización tiene por supuesto sus matices, ya que el nacionalismo fue un movimiento fluido y muchos de sus integrantes pasaron de una a otra de las corrientes, pero en lo esencial es bastante ajustada a la realidad. La primera de ellas, al rechazar de plano la política, cifró sus esperanzas de cambio en la acción revolucionaria y en el surgimiento de un caudillo militar capaz de concretarlo. La segunda, aún cuando no dedeñara esa posibilidad, se orientó hacia el objetivo de insertarse en el sistema político, bien constituyendo un partido político o insertándose en el partido conservador para actuar contra el sistema desde su propia entraña. Varias publicaciones, *Sol y Luna*, *Nuevo Orden*, *Nueva Política*, *Balcón*, etc., dieron cauce al pensamiento político de ambas corrientes. Finalmente, también surgieron en el nacionalismo los grupos paramilitares de acción directa, a modo de imitación y bajo la influencia de lo que ocurría en los regímenes fascistas europeos.

Los modelos que tuvieron especial influencia en el nacionalismo argentino fueron el integralismo portugués y el franco-falangismo español, aún cuando admiraran de los modelos italiano y alemán su capacidad de imponer un orden nuevo —antiliberal y antimarxista— en la sociedad.

La revolución militar del 4 de Junio de 1943 les permitió alentar mayores expectativas, no sólo porque en las primeras etapas muchas de sus ideas en el plano cultural y educativo hallaron eco en las nuevas autoridades, sino porque creyeron encontrar en esos hombres de armas al conductor capaz de cristalizar en realidades concretas sus propuestas, conductor que pronto se corporizó en la figura del coronel Juan D. Perón. El ascenso de Perón promovió las ilusiones de la corriente más politizada, cuyos integrantes habían comenzado varios años antes a revalorizar el yrigoyenismo y que ahora creían encontrar en Perón un nuevo líder popular. En tanto la corriente católica tradicional contempló con cierto recelo la actuación del coronel y muchos de sus integrantes reaccionaron con amargura ante los cambios producidos en la política exterior argentina, muchos de los integrantes de la segunda corriente apoyaron entusiastamente la obra de quién percibían como conductor y contribuyeron en gran medida a generar el apoyo civil que le permitiría acceder al poder por la vía democrática, en tanto otros, como los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, le negaron rotundamente todo apoyo.

Aún aquellos que creyeron encontrar en Juan D. Perón al caudillo militar que tanto habían esperado, posteriormente y en función de los hechos fueron transitando, con algunas excepciones, un camino que los llevó de la esperanza a la mayor desilusión y a la oposición.

Perón por su parte, nunca pensó en incorporarlos a su proyecto y se limitó pragmáticamente a utilizar la retórica nacionalista en la medida en que podía serle útil para concretar sus objetivos; pero en ningún momento compartió los presupuestos en los que los nacionalistas habían fundado su doctrina.

Si se analiza el discurso peronista de los años '44 y '45, se llega a la conclusión de que los nacionalistas tenían motivos más que sobrados para brindarle su decidido apoyo

por cuanto en él estaban presentes todos los temas que habían desarrollado a lo largo de 15 años de constante prédica. La doctrina peronista se construyó en torno de esos temas como lo demuestran los ejemplos que transcribimos a continuación. Dijo Perón en distintas oportunidades:

“Pensamos en una Nueva Argentina profundamente cristiana y profundamente humanística.” (28/12/45); “El mundo del futuro será solamente de los que posean las virtudes que Dios inspiró como norte de la vida de los hombres.” (9/9/44); “La República Argentina es producto de la colonización y conquista hispánica que trajo hermanadas a nuestra tierra, en una sola voluntad, la cruz y la espada.” (28/6/44); “Para nosotros la raza no es un concepto biológico. Para nosotros es algo puramente espiritual. Al impulso ciego de la fuerza, la Argentina coheredera de la espiritualidad hispánica, opone la supremacía vivificante del espíritu.” (12/10/47); “Los representantes del capital y del trabajo deben ajustar sus relaciones a reglas más cristianas de convivencia y de respeto entre seres humanos.” (30/5/44); “Buscamos una justicia distributiva y oponemos una energía inexorable a la explotación del hombre por el hombre.” (23/7/44); “Comenzamos por reivindicar para el Estado (...), ese principio de autoridad que había sido abandonado por indiferencia, por incapacidad o por cálculo.” (11/8/44); “El Estado debe robustecer el hogar, la escuela y el trabajo por ser los grandes moldeadores del carácter de los individuos.” (29/12/45); “Dignificar moral y materialmente a la mujer equivale a vigorizar la familia; vigorizar la familia es fortalecer la Nación puesto que ella es su propia célula.” (3/10/44); “Los pueblos deben saber por su parte, que el conductor nace. No se hace por decreto ni por elecciones.” (12/8/44); “La Economía nacional debe basarse en que el Estado controle los fundamentos de aquella quedando

a la iniciativa privada, a veces en colaboración o forma mixta con el Estado o exclusiva por su cuenta, el desarrollo de la producción y la manufactura de los artículos." (26/6/46); "Para evitar que las masas que han recibido la justicia social (...) no vayan con sus pretensiones más allá, el primer remedio es la organización de esas masas (...) Ya el estado organizará el reaseguro que es la autoridad necesaria para que lo que esté en su lugar nadie pueda sacarlo de él." (25/8/44).

El discurso peronista había tomado todos los temas del nacionalismo; lo importante era saber si los compartía en su esencia o sólo formaban parte de una retórica carente de contenido. Por otra parte, los contenidos podían ser otros aún cuando los vocablos utilizados fueran los mismos. La realidad se encargaría de develar las incógnitas planteadas.

Si bien Perón descartó desde un primer momento la utilidad que el apoyo de los sectores tradicionalistas católicos podían brindarle porque los consideraba un escollo molesto por su rechazo de la política y su elitismo manifiesto, no rechazó el de la corriente que desde mediados del '45 se denominaba así misma como "nacionalismo yrigoyenista", por cuanto esta línea tenía para esa época características más populares y aceptaba la vía democrática como medio de acceder al poder.

Así las cosas, en vísperas de las elecciones cada uno percibía en el otro lo que quería percibir y la relación entre los nacionalistas y el peronismo naciente se fundaba en realidad en equívocos que no tardarían en desvanecerse.

De no haber estado tan cegados por la esperanza de concretar al fin sus propósitos de cambio radical, los nacionalistas hubieran percibido los cambios producidos en el contexto nacional e internacional en el que estas relaciones se producían y el nuevo esquema de poder que dominaba las relaciones internacionales tras la derrota de los fascismos europeos.

También hubieran entendido que la justicia social a la que Perón aludía difería en sus contenidos de la que ellos proponían. Cuando los nacionalistas hablaban de

justicia social, lo hacían desde un punto de vista moral que en los hechos debía plasmarse en una especie de paternalismo autoritario. Perón en cambio se refería a la justicia social como el cumplimiento de los derechos de los trabajadores.

Los nacionalistas creían en la necesidad de que el gobierno estuviera en manos de una "élite dirigente" de reconocida capacidad intelectual y moral cuya misión era conducir a las masas trabajadoras pero sin darles ninguna participación en el poder. Perón sabía que sin el apoyo de esas masas y sin su inserción participativa en el sistema, toda acción política estaba llamada a fracasar.

El nacionalismo de Perón era un nacionalismo populista más cercano al que sostenían los Forjistas. Por otra parte, Perón era un ecléctico desde el punto de vista doctrinario y un pragmático en la consecución de sus fines.

Perón no rechazó la legalidad existente, más bien se valió de ella para dar origen a un régimen autoritario fundado en el apoyo popular. Esa precisamente fue una de las críticas que le hicieron aquellos sectores nacionalistas que todavía esperaban un cambio hacia formas corporativas no democráticas. El hecho de que Perón hubiera llegado al poder por la vía democrática y que incorporara a las masas a la participación política, no podía conformar a quienes veían en la democracia un fenómeno de igualdad social y mandato mayoritario que percibían como una amenaza demagógica. No era un sistema autoritario, corporativo y jerárquico el que desplazaba al tan odiado régimen liberal, sino una democracia de masas liderada por un jefe autocrático cuyos peligros ya había entrevisto Tocqueville en 1830.

La tan pregonada independencia económica no fue en definitiva más que una ilusión. Las políticas de nacionalización que tanto habían defendido los nacionalistas fueron en realidad inducidas, como lo ha demostrado Carlos Escudé, por funcionarios británicos y norteamericanos.

Aún quienes desde el nacionalismo habían apoyado a Perón en el trayecto inicial de su gobierno fueron, con escasas excepciones, apartándose de él.

Las críticas apuntaron a su ductilidad, su discurso pegajoso y popular, las contradicciones en que incurría constantemente, la ausencia de una estructura dirigente de jerarquía, la ausencia de "los mejores", su excesivo pragmatismo que buscaba soluciones fáciles e improvisadas, la contradicción entre una apariencia de orden y jerarquía y una realidad caótica e indisciplinada, el resentimiento y el odio de clases que fomentó, el culto a la personalidad, su omnipotencia, la mitología política que rodeó a su movimiento y sus intenciones manifiestas de peronizar el cristianismo.

El nacionalismo en sus distintas vertientes brindó al peronismo ciertos temas que pasaron a integrar su retórica doctrinaria, pero el peronismo se perfiló como un fenómeno político autónomo cuyas efectivas realizaciones estaban muy lejos de conformar las aspiraciones y esperanzas de los nacionalistas.

Los nacionalistas por su parte, pronto tuvieron que aceptar que esas aspiraciones y esperanzas se habían frustrado una vez más.